

El IDEP me enseñó a ver el mundo con los ojos del maestro

Por: **Adriana Marcela Londoño C.**
Investigadora

Así como Francesco Tonucci, el reconocido maestro y escritor italiano autor de numerosos libros, entre ellos *La ciudad de los niños*, me enseñó a ver el mundo con los ojos de los niños, el IDEP me enseñó a ver el mundo con los ojos del maestro, con su sensibilidad y permanente deseo de transformación. Solo el entender y escuchar sus afujas, sus triunfos y luchas cotidianas y reconocer en sus voces las necesidades más profundas, han despertado en mí un sentido de humanidad y empatía que me han transformado y se han convertido en la fuerza inspiradora del camino recorrido por casi 6 años en el IDEP.

Desde mi llegada a la que hoy considero mi casa y la casa de los maestros, me sentí en el más acogedor y entrañable de los espacios, me sentí escuchada y reconocida y pronto pude poner a volar mis sueños hasta convertirlos en realidad. No hubo un día que no aprendiera de los otros, en que no reconociera en ellos un saber más profundo y riguroso que el que emana de las academias, un saber cargado de experiencia, de reflexión continua, de compromiso político y de sentido ético.



“Porque en el fondo de todo verdadero maestro existe un santo, y los santos son aquellos hombres que van dejando todo lo perecedero a lo largo del camino y mantienen la mirada fija en un horizonte que conquistar con el trabajo, con el sacrificio o con la muerte...”

Julio Cortázar - Papeles Inesperados (1939)

Con el paso del tiempo, y de los proyectos en los que he tenido la fortuna de participar, fui comprobando que en el IDEP, al igual que yo, los maestros se sienten escuchados, reconocidos, valorados y, sobre todo, encuentran un lugar donde sus experiencias pueden ser fortalecidas, donde lo que hacen en la cotidianidad cobra sentido, un lugar donde desahogarse y compartir con otros las problemáticas de sus contextos, de sus poblaciones, de los desafíos institucionales y de política pública, resultan fundamentales para recobrar el sentido profundo del oficio.

En este trasegar de años, el IDEP ha sido la ventana al fascinante y complejo mundo de la escuela pública, con sus desafíos y tensiones, con sus vicisitudes y necesidades. Solo recorriendo y explorando los contextos escolares entendí y reivindicé la interesante tarea de aproximarse a ellos desde la investigación, desde la observación y desde la escucha activa de todas las voces que en ella habitan, que la recorren, pero que también la van agrietando y la desafían permanentemente.

Desde los ojos del maestro, entendí que las luchas por su reconocimiento como intelectual,

y como un productor de conocimiento, cobran sentido en una educación que se debate entre la estandarización, la competencia, y la dignificación humana. Basta recordar con ello, que en los orígenes del IDEP se encuentra la fuerza transformadora del Movimiento Pedagógico y la reivindicación de los derechos de maestros y maestras que reclamaban que sus principales necesidades y reivindicaciones, fueran tenidas en cuenta. Es así como el IDEP me ha permitido caminar la utopía y poder soñar que desde la educación pública se pueden realizar las transformaciones que este país necesita. Aquí ha sido posible pensar y trabajar por otra escuela posible, una escuela donde quepamos todos y todas.

En tiempos en que la oscuridad y la confusión acechan amenazando con destruir lo construido, ver el mundo con los ojos del maestro se hace necesario para recuperar la esperanza, para reivindicar una postura crítica e inconforme frente a la realidad, para reencantar la educación como posibilidad de transformación del ser maestro y de los contextos escolares, y en últimas, para seguir caminando hacia una sociedad más justa, democrática y en paz. 

